

Del lapsus al acto analítico: la necesidad del cartel

La diferencia entre la escritura humana y la divina consiste en que el número de signos de la primera es limitado mientras que el de la segunda es infinito: por eso el universo es un texto insensato y que ni siquiera para los dioses es legible. La crítica del universo (y la de los dioses) se llama gramática...

Octavio Paz: *El Mono Gramático*

Posiblemente sea un texto fallido, pero creo que es de lo que se trata. No se alcanza a decir todo ya que “todo lo que concierne al inconsciente solo juega sobre efectos de lenguaje. Es algo que se dice, sin que el sujeto se represente ni se diga allí, y sin que sepa lo que dice”¹. Es aquí donde ubico las propuestas de Paco Roca, Elvira Taberero y Pepe Rubio.

Paco Roca plantea, a mi parecer, dos cuestiones para tener en cuenta respecto a la Escuela y su funcionamiento: “¿Por qué hay que considerar el cartel como uno de los pilares de nuestra Escuela?” y –refiriéndose a la relación que tenemos con el psicoanálisis– “¿Es directa, o es por persona interpuesta? ¿Es directa con la candidez de un niño [...], o es a través de “los mayores” que tienen su razón para no decir ni más ni menos?”

Acto seguido Elvira Taberero elabora un texto que plantea el duelo como paso previo para formar parte de la Escuela, ubicándolo sobre todo en el dispositivo del cartel.

Posteriormente José Rubio, recogiendo los dos textos, plantea el cartel como “dispositivo para realizar un trabajo de Escuela” y no tanto “como transmisión del psicoanálisis”, aunque en su estructura estén las claves de la transmisión de este.

En las tres propuestas está en juego la cuestión del saber, del acto analítico y la posición que cada uno toma frente a lo que implica ser psicoanalista y el psicoanálisis. ¿Esto qué supone? Asumir o estar en el discurso psicoanalítico. Esto trae consigo, a mi parecer, darse cuenta de que este se mueve entre los discursos que “forman parte de la realidad”². Por lo tanto, es un posicionamiento diferente ante el saber y al de los distintos discursos. Es un discurso que desanuda más que anuda –

1 J. Lacan. La equivocación del supuesto saber, p. 355.

2 J. Lacan. Del psicoanálisis y sus relaciones con la realidad, p. 371.

aunque también lo hace, pero no del mismo modo que los otros discursos– y se escapa en el momento que lo miras; es apostar por una mirada que soslaya una sombra que es el inconsciente.

Esta apuesta por el inconsciente, donde podemos dar cuenta de él intermitentemente como si fuese cosa del azar en el lapsus, en el *witz* –que es la “articulación misma del inconsciente”³ y en los efectos de significante, nos conduce directamente al dispositivo del cártel.

El cártel se plantea como un espacio donde varios partícipes –dentro de la Escuela– tienen cierta relación con el saber. Dicho saber se articula mediante el discurso psicoanalítico que, como comenté anteriormente, *se va desanudando y anudando entre los discursos de la realidad*. Con esto me refiero a que es, como comenta Lacan, “una teoría que incluye una falta que debe volverse a encontrar en todos los niveles –inscribirse aquí como indeterminación, allí como certeza, y formar el nudo de lo ininterpretable–”⁴.

Es en este espacio donde se produce una transferencia con el saber y con los diferentes discursos –planteado por Pepe Rubio como “medio de goce”– en el que el sujeto participante plantea un “no-saber”. De este no-saber, pero con ciertos indicios de que algo suena en ese rasgo –un *rasgado* sutil–, surge “el duro deseo de duelar”. Lo cual lleva a dar cuenta de su práctica en la Escuela para “igualarse a la estructura que lo determina”, es decir, “en la estructura de la equivocación del sujeto supuesto saber [donde] debe encontrar la certeza de su acto y la hiancia que constituye su ley”⁵.

Del ruido y silencio

Hay diversos motivos por lo que Lacan realizó el Acto de Fundación y posteriormente elaboró la Carta de Disolución, pero planteo dos cuestiones que me han llamado realmente la atención: el ruido de los llamados psicoanalistas –los cuales llevaban el discurso freudiano a una búsqueda de sentido (a aspectos de asociacionismo y causalidad)– y el silencio del discurso psicoanalítico que se estaba produciendo –debido a la necesidad de atraparlo para entenderlo con claridad–. Con estas dos llamadas de atención planteo dos condiciones: el saber se produce, como en el circuito de las sesiones psicoanalíticas, uno por uno y segundo este saber dar lugar a que pase el control de la Escuela.

3 J. Lacan. La equivocación del supuesto saber, p. 350.

4 J. Lacan. La equivocación del supuesto saber, p. 357.

5 J. Lacan. La equivocación del supuesto saber, p. 358.

Lacan deja claro en *El psicoanálisis. Razón de un fracaso* “que el ruido no conviene al psicoanalista, y menos aún al nombre que lleva y que no debe llevarlo a él” (p. 364). Es decir, no reducir el psicoanálisis a una ideología (*weltanschauung*) dado que es algo caduco y sin importancia⁶. Por ello, más allá del ruido, uno en la Escuela ha de partir desde su falta, su anhelo, para dar cuenta de su experiencia y su relación con el psicoanálisis. Este deseo no es otro que el deseo de saber, dicho de otro modo, reconocer la castración. Este planteamiento ya está abordado tanto en el texto de Paco Roca, de Elvira Tabernero y de Pepe Rubio.

La demanda evidencia que hay un objeto perdido, algo falta. Esta asunción de la falta la he podido ubicar con el escrito de Lacan *Del psicoanálisis en sus relaciones con la realidad*. Hay que ubicarse mediante los dos principios planteados por Freud: el principio de realidad y el principio de placer. Entre ellos existe una “conjunción disyuntiva, en presencia del cuerpo” (p. 377). Es decir, el cuerpo –más bien lo que se desprende de él– es lo que está en juego para generar la demanda: y esto solo es posible por la operación significante. Este pedazo no es otro que el *objeto a*, con el cual uno se desenvuelve como puede y cuando puede.

Es en este punto, y señalarme la equivocación si fuese así, donde el analizante –tanto en sesión como en la Escuela– aliena su “yo pienso” para “descubrir el fantasma como motor de la realidad psíquica, la del sujeto dividido” (p. 379). Y esto solamente puede ocurrir si se le otorga tanto al analista y a la Escuela “la función de (a)” (p. 379). El mecanismo del cartel, por lo tanto, viene a ser el soporte del deseo de los analistas para la producción de saber. Un saber que no sea silencioso, pero tampoco ruidoso. Un saber expuesto tanto para estar *abierto a* debate y cuestionamiento, como para declarar que pueden existir diferentes giros de sentido que no llega uno a poder capturar del todo, aunque sí lo suficiente como para seguir.

Dioses y redichos

En este apartado quiero estirar estas premisas que Lacan propuso para la Escuela con una cita que extraigo directamente de su escrito *Acto de fundación*: “Por calificados que estén quienes se encuentren en condiciones de discutir esta enseñanza, la Escuela ni depende de ella, ni tampoco la dispensa, puesto que ella se prosigue hacia afuera” (p. 255). Este punto es crucial para que la Escuela no “devenga iglesia”⁷ o que sus escritos y sus componentes no construyan una religión sostenida por el discurso psicoanalítico. En ocasiones, aunque sea de forma fugaz, he oído decir la

6 J. Lacan. *Del psicoanálisis en sus relaciones con la realidad*, p. 374.

7 J. Lacan. *Carta de disolución*, p. 338.

frase: “¿Pero eso lo dice Lacan?”. Y lo curioso es que cuando uno dice que *sí* no se pone en tela de juicio, pero cuando uno dice que *no* suele haber una respuesta totalmente diferente “hay que buscar en Lacan sobre esto”. Está clara la trascendencia de los *Escritos* y los *Seminarios* de Lacan, así mismo no hay que olvidar la vuelta a Freud y sus escritos, pero otra cosa es que esto devenga como un rezo que se repita al pie de la letra.

Pienso que deberíamos cuidarnos de este tipo de muletillas para no caer sobre la “categorización kantiana”; hay cosas que no pueden estar dentro de la representación. Porque posiblemente dejándonos llevar por la tranquilidad y huyendo del vértigo sostengamos un discurso de redichos que conduciría a lo opuesto del “no-todo”.

De lo dicho, de lo escrito, de lo escuchado: la suerte del malentendido

Para terminar, me gustaría proponer una conclusión donde el juego con las palabras me lleve a un decir. Es sabido, porque se dice repetidas veces tanto en la Escuela como en los escritos de los psicoanalistas, que el acto del analista genera un efecto de significante: ya sea con un silencio, con un corte, con un acto o con una interpretación. Y con este acto no ocurre otra cosa que un tropiezo que lleva al sujeto a ubicarse en *sus palabras*: el sujeto en cuanto efecto de significante.

Por este motivo cité a Octavio Paz al inicio del texto, del cual quiero centrarme en su última frase: “La crítica del universo (y la de los dioses) se llama gramática”. La crítica viene a incidir en el decir, dicho de otro modo, a marcar algo que se asoma, pero no llega a verse y que se puede intuir. El acto del analista sería como una crítica sostenida, o mejor dicho una puntualización diacrítica – no como dios, sino como elemento que compone el universo de signos del sujeto–. Esta señal muestra, si se me permite decirlo así, un *des-witz* del sujeto. Me refiero a que *lo siniestro* (*unheimlich*) aparece en ese acto donde se produce un malentendido, escapándose al instante cuando se intenta atrapar con una explicación. Esto genera una sensación de vértigo que puede atenazar: como comenta Paco Roca al final de su texto haciendo referencia a la libertad bajo el marco de la ética del Uno.

Es por eso por lo que se produce el corte al final de la sesión para que se abran otros sentidos o se ponga en juego ese dicho que puede que no lo tenga: es decir, abrir un espacio para otros juegos de palabras que puedan llevar a un *witz* y/o a ubicar el *wish*. El Más uno, en mi corta experiencia en el dispositivo del cartel, es el que va generando estos movimientos entre los diferentes participantes: frena, incide, marca y da lugar a cuestionamientos. Es decir, sigue poniendo en movimiento el

deseo. Y lo hace a través de la gramática, de las leyes y los estatutos que vienen dados por la estructura misma del dispositivo del cartel.

Hacer presente ese marcaje es hacer patente que el cuerpo –el Otro– es necesario para generar un efecto de vacío: que no esté todo dicho. Pero que ese decir sea generado por aquél que hable, aquel que sea en ese momento, con sus propios signos limitados. Que dichos signos vayan generando un discurso que le conduzca a algo legible, aparentemente, y que el fallo por no alcanzar a decir todo de lugar a la escritura para dejar algo de sí (dejar caer de su cuerpo) para así seguir elaborando: en “soledad y separación del Otro del Otro” – como expone Pepe Rubio–.

Octubre 2020

Postdata

Quisiera añadir un comentario respecto al último texto de Paco Roca titulado “A hombros de gigantes”. Se plantearon varias cuestiones respecto a quién o qué podía ser el gigante y las aguas y aquel que está en los hombros del gigante. Tenemos dos ejemplos propuestos por Paco, por un lado Orión que *cegado* por la venganza ha de ser guiado por Celadión para que otro –Helios– le devuelva la vista, y por otro tenemos el ejemplo de S. Cristóbal el cual ayuda a travesar a un niño un río peligroso para alcanzar el otro lado. ¿Qué sería en este caso cada una de las partes que componen la imagen?

Haciendo un collage de los detalles, me sobrevino lo siguiente: son dos imágenes que podrían relacionarse con lo comentado anteriormente en el texto, es decir, con la posición frente al saber, del analizante, del analista y el discurso. El gigante no sería otra cosa, y simplemente es mi composición, que el discurso psicoanalítico. ¿Por qué? Pienso que un discurso en sí, sin sujeto, es algo ciego. Aquel que va subido a hombros del gigante no sería más que el sujeto que debe apoyarse en un discurso para poder “ver” o alcanzar el otro lado del río. Por otro lado, la cuestión de las aguas peligrosas o de las tierras que ha de atravesar el gigante, no serían sino los discursos de la realidad comentados con anterioridad. Y finalmente está la cuestión del otro lado y de aquel que se supone devolverá la vista al gigante, ¿no sería, en este caso, el psicoanalista?

A fin de cuentas, aunque este collage que encadena una sucesión de asociaciones que no tuviese nada que ver con nada, lo que posiblemente se deje entre ver es que se necesita de tres cuerpos: el imaginario (el guía, dado que puede ver), el simbólico (el gigante, el que da sus pies al otro y no ve)

para saber dejar atrás de un modo diferente aquello que se perdió mediante un tercero, es decir, lo real (el que permite ver de nuevas para da lugar a otra cosa, el *objeto a*).

Muchas gracias.

Noviembre, 2020

Iván Navarro Lluesma